

## **Chicle de fresa**

Adormilado, como cada mañana, Pablo no pudo reprimir el bostezo que le sobrevino al subir al autobús, el cual distorsionó en gran medida su saludo al conductor. Con el cansancio de la rutina universitaria sobre sus hombros, se dispuso a atravesar aquel interminable 2 en busca de un asiento libre; no obstante, pronto se detuvo: había tropezado con un conejo de peluche.

En ese instante, una amplia sonrisa invadió su cara como hacía varios días que no le ocurría. Rápidamente, lo recogió y se lo devolvió al niño de apenas tres años de edad que acababa de dejarlo caer sin querer. Su madre, que le sostenía en brazos, susurró un “gracias”, y Pablo acarició la mejilla sonriente del niño antes de continuar avanzando por el autobús.

Aquella simple anécdota hizo a Pablo viajar en el tiempo, muchos años atrás; en concreto, al día en que, con cuatro años, conoció a Lucía, una niña de alegres ojos verdes que también había dejado caer sin querer un conejo de peluche en el autobús. Tras devolvérselo, le miró agradecida y le invitó a jugar con él. El suave aroma a chicle de fresa que escapó de su boca le embelesó y dio así comienzo a una dulce amistad: cada mañana, Pablo esperaba ansioso que llegase el momento de subir al autobús para reencontrarse con Lucía y jugar juntos hasta que ella tuviese que bajarse en la parada de su colegio.

Los años se fueron sucediendo, y los peluches dieron paso a las consolas y las maletas, y entonces era Pablo quien tenía que bajarse antes para ir a clase, y más tarde llegaron los móviles y las mochilas llenas de libros, y ambos empezaron a bajarse en la misma parada, aunque Pablo tuviese después que caminar un rato hasta su instituto.

Pero todo aquello era lo de menos. Porque lo verdaderamente importante, por más que cambiasen las circunstancias, era que Pablo y Lucía podían seguir compartiendo cada mañana veinte minutos de su vida en aquel autobús que se había convertido para ellos casi en un hogar.

Y entonces, llegó el bachillerato. Y con él, el capricho de los padres de Lucía de enviar a su hija a estudiar al extranjero. Su último viaje en autobús juntos fue un cúmulo de recuerdos alegres que buscaban ocultar su profunda tristeza, y de promesas de videollamadas diarias que finalmente no se acabaron cumpliendo. Contra todo pronóstico, la distancia terminó rompiendo lo que años y años de autobús había unido.

—Ojalá le vaya genial —murmuró Pablo inconscientemente, invadido por una aciaga nostalgia—, y ojalá algún día volvamos a vernos.

Aquella agridulce sensación le hizo volver a la realidad, y se dio cuenta de que estaba a punto de llegar a su facultad, en la Macarena. Abriéndose paso entre la gente, consiguió llegar hasta la puerta del autobús, y fue entonces cuando oyó una risueña voz entre el barullo:

—¿Pablo?

Venía acompañada de un dulce olor a chicle de fresa.